

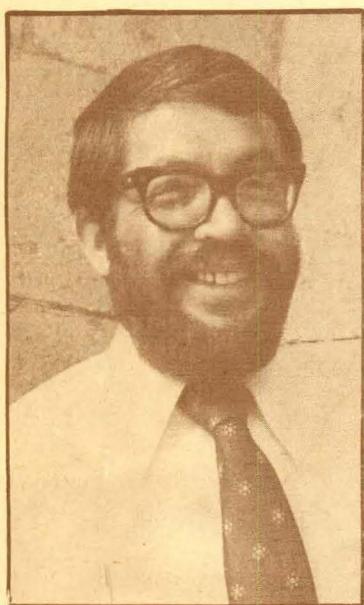
“LOS PERIODISTAS” ES TESTIMONIO
PERSONAL, LÚCIDO, DE UN MILITANTE

Valentía, pasión y

Bella Prosa

Vicente Leñero... su relato lo expone a las agresiones.

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



La reseña de libros ha saltado, en los meses recientes, de las páginas negras de esta revista a las de color sepia. Diversos afanes: el mercenario de escandalizar, con el propósito único de ganar dinero; el inútil de pasar a la pequeña historia como gobernador digno; el ingenuo de convertir la propia vida en paradigma de otras, estas y otras motivaciones han dado lugar a un pequeño “boom” de literatura (o casi) de intención o contenido político. Y aunque nunca, para bien, “La cultura en México” se ha desprendido de las urgencias sociales del país, su dedicación preferente al examen literario se extiende por aquella razón a estas planas.

Se está cometiendo una profunda injusticia, a este propósito, al meter,

en un solo costal, trabajos distantes entre sí por la calidad de la prosa, y sus motivaciones. Por su cercanía en el tiempo de aparición, y porque revelan, o pretenden hacerlo, entretelones de algunos aspectos de nuestra vida política, se están mencionando juntos los libros de las dos Irmas, Salinas y Serrano, el de Loret de Mola, el de Vicente Leñero.

“Los periodistas”, de este último autor es, entre las mencionadas, la única escrita con intención y alcance propiamente literario. Leñero, que nunca (y ahora menos) venció oscuras reticencias de la crítica en torno de su obra, es un escritor profesional, permanente buscador de nuevas rutas para su trabajo. Cuenta entre los pocos autores que vuelve sobre sus propios textos para, corrigiéndolos, recrearlos (así, de “La voz adolorida” surgió “A fuerza de palabra”); o para someterlos a la delicada operación quirúrgica de hacerlos cambiar de género sin que pierdan la identidad (como “Los albañiles” que, tal vez, fue ganando madurez al transformarse de novela en drama y en guión cinematográfico).

Practicante premiado, y premioso, de las diversas suertes de la literatura, Leñero acudió con alguna frecuencia a la historia para que alimentara su dramaturgia. Así, de las actas del proceso a José León Toral, la mano que ultimó a Obregón, surgió “El juicio”; de la estrujante experiencia psicoanalítica en Cuernavaca, que estremeció a la Iglesia del mundo entero, quedó “Pueblo rechazado”; a partir del relato de los últimos días del “Che” Guevara en Bolivia, compuso “Compañero”.

Así, a nadie que conozca la obra de Leñero pudo extrañar que se ocupara de redactar su testimonio acerca de un acontecimiento en que fue participante. Hace ya dos años que una operación de pinzas, manejadas por la felonía y la traición, asestaron a *Excélsior* el contundente golpe que ya la historia registra, a cuyo efecto contribuye poderosamente el libro de Leñero, pues su trama, como ya todos saben, se teje alrededor de aquellos hechos.

Leñero ha escrito un libro en que sobresale, como actitud superior aun a la calidad de la prosa y la armazón novelística, la valentía. Leñero practica una valentía de tono personal y de alcance político. Al narrar hechos en que los protagonistas conservan sus propios nombres, y al pronunciar juicios sobre ellos, Leñero ha ganado, para siempre, la ojeriza, la animadversión, el odio, de casi todos los nombrados en “Los periodistas”. Siendo, como es, un hombre lúcido, lejano a deformaciones sicóticas, es un

acto de valor el decidirse a enfrentar, de aquí a la eternidad, a quienes en el libro se sientan mencionados ofensivamente.

El relato de Leñero lo expone a las agresiones, desde verbales hasta físicas, de quienes sienten haber recibido agravios, por más que en muchos casos Leñero no haya sino puesto en negro sobre blanco opiniones que, acerca de sí mismas, esas personas no pueden dejar de haber oído. Evitar que el ánimo se achique por la posibilidad de esas enemistades, algunas poderosas, otras sin escrúpulos, entraña un acto de valor personal que no es frecuente en nuestro medio literario, o en nuestro ambiente político.

Un segundo riesgo, que también requiere valentía para ser enfrentado, es el de la eventual rectificación. Novela, o testimonio, o reportaje en que los participantes están vivos, cada quien querría ver en el libro de Leñero lo que le convendría ver. Sin duda, la óptica personal de Leñero lo conduce a apreciaciones de los hechos y a juicios sobre personas con los que no todo el mundo estará de acuerdo. Desde luego, también, cada protagonista recordará de manera más viva y exacta los términos de su propia participación, y estará en condiciones de enmendarle la plana a Leñero o de fundar en eso sus dudas sobre la veracidad del resto del libro.

No parece entenderse lo obvio; que éste es un libro escrito por Leñero, que tiene, como todos, derecho a su subjetividad. Forzosamente, necesariamente, es un libro parcial: parcial porque no refiere todos los hechos, parcial porque toma partido. Esta doble parcialidad es inevitable, no sólo en el libro de Leñero, sino en todas las obras de su género. Es prerrogativa del autor seleccionar los hechos, privilegiar unos sobre otros, ordenarlos, en su tiempo literario, de manera diversa a como ocurrieron en el tiempo real. Y en este caso preciso, en que se narra una batalla, en que el escritor era militante, a nadie puede extrañarle que el testimonio contenga la perspectiva de una afiliación partidaria.

Atengámonos al hecho de que Leñero ha escrito su libro. Los inconformes con su contenido, que sean además alfabetos —lo cual no ocurre en todos los casos— pueden escribir otros. A ver si les sale como le salió a Leñero. Se puede convenir, fácilmente, en que el libro contiene inexactitudes. Hasta podemos convenir que haya una en cada página. Son de tan poca monta, a mi juicio, aun en su conjunto, que no alcanzan a disminuir otro de los valores principales del libro, como montaje novelístico y como materia prima para el análisis político.

Ese valor consiste en que Leñero respetó los hechos centrales del asunto que aborda. Eso no puede discutirlo nadie. Sería grave, ya es grave, que las pequeñas irritaciones por la forma en que muchos personajes, muchas personas, mucha gente, aparece mencionada en el libro, impidieran que se le entienda como una obra que denuncia, en lo sustancial, un acto soberbio del poder contra un periódico que se afanaba, sin haberlo conseguido completamente por supuesto, en dar a la nación el género de periodismo que hoy se necesita.

Seguramente es exagerada la fórmula pronunciada a menudo como condena, según la cual *Excélsior* era un partido político. De alguna manera, sin embargo, la expresión contenía un fondo de verdad. En una sociedad civil invertebrada, escenario de una ficción en que coexisten un partido prepotente y partidos impotentes, *Excélsior* llegó a convertirse en un lugar de encuentro de quienes, vagamente o de manera nítida, avizoraban la necesidad de un replanteamiento cabal de la sociedad mexicana, de cara a su futuro. No me refiero a los escritores, a los periodistas que allí tenían su lugar permanente. Lo que digo es que las fuerzas sociales, los grupos sindicales, políticos, campesinos, marginados, fueron encontrando, en la última década, en *Excélsior* el espacio político que hasta entonces les había sido negado en la prensa de más amplia circulación.

Esa posibilidad de organización, que (Sigue en la página 90)

(Viene de la página 18) en un primer estadio alcanzada sólo a sectores de clase media, pero que comenzaba ya a llegar a núcleos propiamente populares, fue la que quedó cercenada por el acto abusivo de poder de hace dos años. No puede olvidarse el contexto en que ocurrió el golpe, pues de lo contrario éste no puede ser entendido. En ese último semestre de su gobierno, Echeverría echó por la borda casi todo lo nacionalmente útil que había construido. En ese último doceavo de su administración, ganó las elecciones contra nadie; batió militarmente a la tendencia democrática de los electricistas; y devaluó el peso. ¿No era lógico acallar, simultánea o previamente a esos hechos, la única caja de resonancia que la inconformidad ante esa forma de desgobierno podría tener?

Como casi todas las personas mencionadas en el libro de Leñero, no comparto por completo sus opiniones sobre personas (incluidas, por supuesto, las que se refieren a mí). Pero haríamos mal en poner nuestras pequeñas mezquindades por encima de los valores verdaderamente relevantes con que Vicente Leñero ha rendido, digámoslo sin hipérbole y sin miedo a la cursilería, un señalado servicio a la República.